

DISCURSO

PRONUNCIADO

EL 27 DE SETIEMBRE

de 1859,

EN LA ALAMEDA DE ESTA CIUDAD,

por el Sr. Secretario

DE LA COMANDANCIA GENERAL

DEL DEPARTAMENTO,

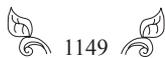
Coronel D. Eugenio Vargas.



TOLUCA.

TIP. DEL INSTITUTO LITERARIO,
á cargo de Manuel Jimenez:

M DCCC LIX.





RELIGION,
UNION,
INDEPENDENCIA.

He aquí, conciudadanos, las mágicas palabras que pronunciadas en Iguala por el grande Iturbide, y repetidas por todos los ángulos de nuestro continente, le abrieron las puertas de Méjico al ejército y al caudillo de esas tres garantías, hace treinta y ocho años el 27 de Setiembre de 1821. ¡Día magnífico, de perdurable recuerdo para todos los mejicanos, tú apareciste como el brillante meteoro que alumbró el horizonte, é hiciste nacer mil esperanzas de ventura, un risueño porvenir de gloria, pensamientos de prosperidad y de grandeza! En ese día, las lágrimas que habían corrido, durante el periodo de once años de desastrosa y encarnizada lucha, se convertían en lágrimas de placer y gratitud: las manos armadas, poco ha, para sembrar la desolacion y la muerte, se estrechaban amigas para prometerse fraternal union: los pechos que solo habían abrigado el rencor y la venganza, eran el re-

ceptáculo del gozo; y los labios abiertos para proferir imprecaciones é injurias, no hacian escuchar ya mas que cánticos de alabanza al Ser Supremo por los bienes inestimables que se acababan de obtener, bendiciones para el caudillo ilustre y el ejército valiente que los elevaban al rango de hombres libres.

Once años hacia que un sacerdote sabio, y un soldado patriota, habian tenido el arrojo de proclamar la emancipacion de Méjico; pero que equivocándose, en los medios de obtenerla, poniendo en juego las malas pasiones, y dando rienda suelta á los instintos rencorosos de la ignorante multitud, no consiguieron otra cosa que llenar al pais de sangre, de luto y de miseria; sacrificando estérilmente sus preciosas vidas y las de muchos que los siguieron: y muertos unos, errantes otros, indultados algunos, y desengañados los mas, de que su empresa no podia continuarse con éxito feliz: se habian resignado á obedecer al gobierno, sin quedar otra señal de esa prolongada lucha, que la miseria general, originada por el desaparecimiento de muchas fortunas, los odios que siempre crean las contiendas entre hermanos, y una chispa, casi imperceptible, en las asperidades de las montañas apartadas del Sur, alimentada por la constancia del infortunado Guerrero. En estas circunstancias, aparece repentinamente en Iguala, enviado para extinguir esa llama, próxima á apagarse, el antiguo coronel de realistas D. Agustin de Iturbide, y, con asombro universal, se le mira unirse á los sostenedores de una causa combatida tan tenazmente por él; y proclamar un plan concebido por su genio privilegiado, que conciliando todos los intereses, reconciliando todos los ánimos, haciéndolos servir á una misma causa, adoptando los solos medios

— 6 —

de conseguirlo, encontraba eco en los corazones de todos, sin distincion de razas ni de clases; é hizo que bastara un paseo triunfal de siete meses, para colocar á su autor en el catálogo de los héroes, y á Méjico, su patria, en el de las naciones libres.

Entonces, por una venturosa transicion, la animacion sucedió á la tristeza, los campos yermos y sin cultivo, volvieron á ser surcados por el arado que conducia la mano del labrador que los habia abandonado para tomar las armas, ó huir de sus estragos; las ciudades y los pueblos, se comenzaron á levantar de sus escombros, y, todos, se felicitaban de un cambio tan feliz é inesperado.

¡Tal fué la obra del genio, que celebramos hoy; y los auspicios de ventura con que se inauguraba el nacimiento de la patria!

Vosotros sabéis la historia de esa peregrinacion heroica, y que, toda ella, fué una ovacion constante de amor y gratitud, rendida al Jefe del ejército que, con tanto tino, venia á poner el “hasta aqui” á las desgracias del pais, abriendo una senda de conciliacion que sustituiera á la de los males sin cuento que habian llevado la desolacion por todas partes.

Por eso no me ocuparé de repetiros la, y solo os diré, que á las tres garantias proclamadas por el grande Iturbide, y, al ejército, que lo secundó, debemos el tener patria; y que el extravio de aquella senda que nos trazaron, es el que nos ha conducido á este miserable estado, en que nos vemos, de aniquilamiento y de ruina. Comparad las épocas: recordad el entusiasmo de 1821, traed á vuestra memoria el júbilo de aquel tiempo, la animacion y el bienestar difundidos en todas las clases, y decidme ¿si no forman un contraste

— 6 —

penoso con el decaimiento actual, con la paralización de todos los giros, con la ruina de tantas familias, con ese vasto cementerio en que se ha convertido aquella patria que nacía tan llena de robustez y de esperanza?

Yo, señores, quisiera apartar mi vista de ese cuadro desolador: quisiera que no llegaran á vuestros oídos los lamentos del hijo que mira en agonía á una madre querida: quisiera que no escuchárais mas que cantos de júbilo, desarrollar á vuestros ojos un panorama risueño; pero la fuerza de la verdad, y el deber de corresponder al honor que se me dispensa de dirigiros la palabra en un día tan solemne, me obligan á hacer una reseña, aunque somera, de nuestras faltas, para que, si es posible, ella nos haga volver al sendero único, que puede conducirnos á la felicidad, y presentarnos al mundo como dignos herederos de esa patria que nos legó el grande Iturbide.

¿Pero qué es esto, conciudadanos? Quiero desarrollar á vuestros ojos la historia de nuestra emancipación con la de sus consecuencias, y mi vista se nubla al encontrar, desde luego, una página ensangrentada, sellada por la mano de la muerte; y mi corazón, poco antes estasiado de júbilo al recorrer ese corto periodo de gloria que disfrutamos, se siente comprimido de amargura. . . . ¡¡Padilla!!

Hé ahí el punto de partida del camino de crímenes que hemos recorrido, he ahí el lugar del sacrificio de nuestro libertador. Miradle sentado en el banquillo de los delincuentes, con esa tranquila serenidad que solo sabe dar la virtud, con la resignación del cristiano, esperando la consumación del atentado, y, magnánimo y patriota, hasta el fin de sus días, dirigir á sus

— 7 —

asesinos sus últimas palabras. Oído: (*) “mexicanos: en el acto mismo de mi muerte, os recomiendo el amor á la patria, y la *observancia de nuestra santa religion*: ella es quien os ha de conducir á la gloria. Muero por haber venido á ayudaros y muero gustoso porque muero entre vosotros: muero con honor, no como traidor: no quedará á mis hijos y su posteridad esta mancha, no soy traidor, no. Guardad subordinacion y prestad obediencia á vuestros jefes, que hacer lo que ellos os manden, es cumplir con Dios: no digo esto con vanidad, porque estoy muy distante de tenerla.” Así dijo, y sus labios se cerraron para siempre, y su voz paternal fué apagada por las detonaciones de los fusiles empuñados por manos parricidas, y su corazon, aquel corazon leal y generoso, fué destrozado por los mismos que acababa de librar! Y al cerrarse el sepulcro del héroe, se cerraron tambien los oidos de los mejicanos, para no escuchar sus consejos de patriotismo, de piedad, de union y de obediencia: y, desde ese dia fatídico, se abrió para nosotros una senda de baldon y de crimen. Y en vez de union, la discordia agitó su tea por todas partes, y el padre se lanzó, con el puñal en la mano, á desgarrar el corazon del hijo, y este destrozó el seno de aquel: el hermano se gozó en la muerte de su hermano: el amigo persiguió al amigo: las ciudades fueron incendiadas, los campos quedaron yermos: el honor y la virtud no encontraron asilo en donde guarecerse de los ataques de la liviandad y de la fuerza; y los cadáveres, insepultos, fueron el pasto de las aves de rapiña. Y lejos de venerar la religion, á esa piadosa madre enviada de los cielos para recibir al hombre desde la cuna, guiar

[*] Alocucion dirigida en los momentos de ir á morir.

— 8 —

sus pasos por el áspero y peligroso sendero de la vida, prodigarle sus consuelos en la desgracia, aliviar su orfandad, endulzarle sus dolores, y hacerle apetecible la entrada en el sepulcro para abrirle las puertas de la eternidad: esa religion santa que, (*) “al defestar los errores, ama siempre á los que yerran, estiendo los brazos hácia los que se le alejan y los llama de nuevo á su seno;” que á todas sus injurias no opone sino bendiciones; comenzamos por desprestigiarla, calumniando y despreciando á sus ministros, y, no contentos con esto, hemos llegado hasta el estúpido frenesí de perseguirlos, de sacrificarlos inermes, de espoliar los intereses sagrados de la iglesia destinados al sostenimiento del culto, al socorro del indigente, á la conservacion de la virtud, y cuales otros Prometeo, queremos, insensatos, escalar el cielo y arrojar de su trono á la Divinidad, negándole á su iglesia los derechos que se les conceden á todos los demas, sin recordar siquiera que, del seno de ella, salieron los Hidalgos, los Matamoros, los Morelos, y tantos otros sacerdotes que defendieron con su sangre esa libertad que no sabemos comprender. Y predicando progreso y civilizacion, queriamos hacer retroceder á la sociedad hasta los tiempos de Diocleciano y de Magencio, y perseguimos una religion que ha sido la civilizadora por eminenencia de los paises mas apartados del mundo, la restauradora de las letras, la que ha lanzado sus rayos contra la esclavitud, la que ha hecho figurar á la muger como compañera y no como vasaya del hombre: á la que debemos, en fin, el ser social que disfrutamos. Y en lugar de sostener la Independencia, la ponemos en pública subasta mendingando su venta en los mer-

[*] Cardenal de la Luzerne.

— 9 —

cados extraños; y de quienes? ¡¡Oh ignominia inaudita, traición imperdonable!! En el mercado del odioso yankee: de aquel que arrojó el lodo á nuestra frente: que en las plazas públicas azotó las espaldas de nuestros hermanos con el látigo con que se castiga á los brutos: que se robó la mitad de nuestro territorio: que plantó esa aborrecida bandera de las estrellas en el palacio de Huastimoc: que fomenta nuestras querellas para aborvernarnos, y extinguir nuestra nacionalidad, nuestra religion, nuestro idioma y nuestra raza. ¿Y lo tolerareis, mejicanos, vosotros, cualesquiera que sean vuestras convicciones políticas, pero que sintais correr por vuestras venas la sangre de Pelayo y Moctezuma, que sintais palpiar vuestros corazones al escuchar el dulce nombre de patria y al pronunciar los venerandos de los héroes ilustres que nos la legaron á costa de su vida?..... No: antes véamos á la peste asoladora extinguiendo nuestra raza, que la ardiente lava de los volcanes destruya nuestro suelo, y, que las aguas del Océano, vengan á ocupar el lugar de nuestras risueñas campiñas, que presenciariamos tan execrable, y que la planta de ese conquistador inmundo pise nuestro país, y halague sus oídos con el ruido de nuestras cadenas, y los ayes de nuestros hijos.

Mas ¡vive Dios! que no será así, porque á pesar de nuestras averraciones y locuras, y enmedio de todas las desgracias que nos agobian, existen todavía hombres bastantes, de un ánimo esforzado, que sabrán hacer frente al perverso yankee, á la vez que, al mas perverso traidor mejicano, que abogue con descaro por los enemigos de nuestra patria; y se encuentran, aun, entre nosotros, los coolaboradores de Iturbide.

Señores, aquí me toca vindicar al ejército; de un

— 10 —

cargo injusto que se le dirige, cuando se le juzga como enemigo de la sociedad y de las libertades públicas; y para esto, no tengo que apelar á otro testimonio que al de la historia. Sí, abridla: y decidme, ¿á qué clase de la sociedad pertenecieron un Bolívar, un Mina, un Negrete, Cortazar, Santa-Anna, Bustamante, Teran, Herrera, Bravo, Filisola é Iturbide? ¿Y quiénes, sino ellos, le dieron cima á esa grande obra iniciada en Dolores por Hidalgo y Allende, despues de onco años de inútiles fatigas, de llanto y desolacion, en solo siete meses de pasear triunfante por todos los ángulos de la nacion la bandera de las garantías? ¿Y quién, sino ese ejército, afianzó nuestra independencia en el Pánuco, y la sostuvo, si no en todas ocasiones con fortuna, pero siempre con gloria, en Ulúa y Veracruz, en la Resaca, Monterey, la Angostura, Padierna, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec? ¿Y quién pelea, hace diez y nueve meses, por afianzar el orden y aquellas mismas garantías? Si la libertad es el orden, y no el libertinaje, él ha peleado en todas partes por ella. Si la sociedad no puede existir sin leyes y sin reposo, él es su apoyo. Si la independencia necesita de brazos que la sostengan, él ha estado en todos tiempos pronto á prestarle los suyos, sin hacer caso nunca de las privaciones, de la fatiga ni de la muerte; y él, por último, olvidándose de las injurias con que se le hiere, y de la ingratitud con que se le paga, ha estado siempre dispuesto á sacrificarse por el bien general y ha depuesto sus armas ante la voluntad nacional, legítimamente expresada; aun cuando, despues, se haya correspondido su noble desprendimiento con la persecucion y la infamia.

El ejército quiere la libertad; pero esa libertad que



coronada con una aureola esplendente y sin mancilla, con la oliva de la paz en las manos, predica la confraternidad. Esa libertad que ha engendrado las acciones heroicas de Temistocles y de Pericles; la virtud de Caton, y la justicia de Aristides; los esfuerzos patrióticos y de abnegacion de Isocrates y Decio: la que no se avergüenza de levantarle templos al verdadero Dios, asilos á la orfandad, al dolor, á la miseria y al estraviado; que deja bajo sus pasos un camino matizado de flores, y tras de sí la prosperidad, el contento, la paz, el bienestar. No quiere la licencia que, usurpando el nombre de aquella, calada con el gorro frigio, con las manos ensangrentadas, llevando el hacha del salvaje y la tea del incendiario en ellas, fomenta las pasiones, desgarras las entrañas de la patria, cubre de luto á las familias, introduciendo en su seno la discordia, y que deja tras de sus pasos lágrimas, luto, desolacion y muerte, haciendo brotar de sus pisadas espinas y malezas. No quiere esa mentida libertad, que á las prácticas del verdadero culto, sustituye el de imágenes creadas por una imaginacion corrompida: la que á los cantos solemnes y pacíficos de la vírgen ocupada de elevar sus votos al cielo, quiere suplantarlés el alarido destemplado de los rencores: la que llenó de horror al mundo cuando estableció el teatro de sus crímenes en la culta Francia en fines del siglo pasado, trasmitiendo llenos de cieno á la posteridad los nombres de Marat y de Robespierre. No quiere esa libertad que aniquila á las naciones con sus desórdenes, para entregarlas maniatadas bajo del yugo de un señor, como les sucedió á Roma y Atenas, en los tiempos antiguos, cuando abandonaron las virtudes de sus mayores; y á Polonia, á la Hungría y á la Italia

— 12 —

en los siglos modernos. No quiere esa libertad que invoca la tolerancia, y persigue sin piedad á todos los que no se agrupan á su derredor, para levantar la orla de su harapososo manto. No, y mil veces no: el ejército quiere la libertad fundada en la ley, en la moral y en la justicia, la que lo engrandeció á la faz del mundo civilizado, cuando proclamó en union de su digno caudillo, el plan de las tres garantías: quiere, en fin, esa libertad que ha llenado de honor y trasmitido con respeto á la posteridad los nombres de Guillermo Tell, Bolívar é Iturbide.

[*] ¿Pero, qué es esto, conciudadanos? Yo miro levantarse, en este momento, delante de mí á la sombra colosal de Iturbide: de su cuerpo brota, todavía, la sangre que la ingratitud derramara en Padilla. Tien-de el héroe su melancólica mirada por toda la Nación, y su pecho lanza un dolorido suspiro. “Hijos de Méjico, dice al cabo, ¿quiénes son los que así se atreven á profanar mi nombre, profiriéndolo con labio torpe y sacrílego? ¿Qué les debe la patria á esos que se afanan por empañar la fama del Ejército que, á mis órdenes, dió á Méjico la existencia?”

“No se han contentado con darme en un cadalso la recompensa de mis servicios. No se han contentado con deturpar mi memoria, con excitar en mí contra la ingratitud de un pueblo al cual tuve por hijo.

“¡Ah!! Los enemigos de mi obra, me ven con horror, lo mismo que á mis colaboradores. Quisieran borrar hasta nuestro nombre de la memoria de las gentes, porque les atormenta el recuerdo del día de la independencia, hoy que la quieren destruir.

“En estas calles por donde marchó victorioso el ejército independiente, veo la huella ignominiosa que

(*) Universal.

— 13 —

dejó la planta del invasor En el asta donde flameó el hermoso pabellon de Iguala, veo tremolar un estandarte de estrellas y de rayas, símbolo de la humillacion de Méjico. ¿Quiénes la pusieron allí? ¿quiénes abrieron las puertas de la ciudad al codicioso anglosajon? Ésos mismos que hoy proclaman la independencia con labio perjuro; esos que á los servicios de los hombres de 821 se esfuerzan por oponer glorias mentidas.

“En la plaza donde resonó la voz de júbilo de todo un pueblo, que por primera vez se sentia independiente, oigo, ahora, el chasquido del látigo de la nacion arrogante que se apellida la segunda conquistadora de Anáhuac.

“Todo el porvenir era entonces de grandeza y de ventura. Lozana y robusta la jóven Nacion; un horizonte magnifico se desplegaba á la vista de sus hijos entusiasmados.

“¿Qué han hecho de la patria que les dejó? Lo mismo que con el autor de su independencia. Inmoláron á aquel; y poco falta para que acaben de inmolár á ésta

“¿Y se ha acabado entre los mejicanos el espíritu de 821? ¿Duerme ya á milado, en la lumbre, el espíritu de nacionalidad é independencia?

“A vosotros toca, descendientes de mis compañeros de armas, resolver la cuestion. ¿Vosotros diréis si la traicion ha de superar á la lealtad; si la ignominia ha de superar á la gloria; si se ha acabado, ó no, la postrera esperanza de Méjico.

“Mil veces mejor me fué morir en Padilla, que no presenciar las tristes escenas que han pasado en mi patria! Maldicion sobre los fementidos que se han aliado á los enemigos de ella!”

— 14 —

El fantasma ha desaparecido. Mis ojos se anublan con el llanto; mi pecho se oprime al oír las muestras de regocijo que resuenan en la ciudad, y me parecen una orgía en el recinto de un sepulcro: como los hijos que rodeados del lecho de una madre moribunda, presenciando las últimas convulsiones de su agonía, se ocupan de entonarle himnos por su natalicio. La voz del héroe, sus terribles cargos contra nosotros, despedazan mi corazón.

Pero no, conciudadanos: hagamos un esfuerzo de sublime y patriótica abnegación, que aún es tiempo de salvarnos, imitando la noble conducta del héroe ilustre que celebramos hoy. Sigamos el ejemplo de Osollo, de ese guerrero generoso, cuya frente joven todavía, descendió al sepulcro coronada con un laurel de inmarcesible gloria: de ese campeón de la religión y de la patria que, magnánimo como Régulo, valiente como Aníbal, humano como el grande Federico y piadoso como Godofredo, ha dejado cubierto de luto á su país, llenos de lágrimas los ojos de todos sus compañeros, y, aún, los de sus mismos adversarios. Démosle nuestro apoyo al digno magistrado de la Nación, á ese otro joven, hijo del ejército, magnánimo y valiente, para que concluya la obra de regeneración, de orden y de paz, que ha emprendido con tanto brio. Volvamos sobre nuestros pasos: escuchemos la voz de Iturbide que nos llama desde su tumba, para despertarnos de ese funesto letargo que nos conduce á la ignominia y á la muerte: estrechémonos como hermanos: dejemos de ocuparnos de cuestiones abstractas de política, de disputarnos el poder, que ha pasado sin cesar de unas manos á otras; de saquear las rentas, los establecimientos de beneficencia, las propie-

dades particulares, los templos y cuanto hay de mas sagrado, bajo el pretexto de salvar el sistema y los principios. *Las opiniones cellan.* decia el conde de la Ferronnays, ministro de Carlos X, en una grave discusion en las cámaras francesas, *desde el momento en que el sentimiento nacional se hace escuchar.* Nosotros hemos hecho lo contrario; la voz de la discordia se ha oido mas alta que la de la patria puesta en peligro, y al triunfo de nuestras mezquinas pasiones, hemos puesto el bienestar y la gloria de la Nacion. Locos, nos ocupamos de sistemas de gobierno, y no de salvar el suelo en que nacimos, la religion, el idioma y nuestras costumbres; ¡como si hubiera gobiernos posibles para un pueblo de miseros esclavos degradados!

¡Quiéran el Cielo, que el espíritu de conciliacion y de prudencia presidan al arreglo de la cosa pública! ¡que todas las circunstancias favorezcan en su azaroso camino al bajel del Estado; y no pierdan sus hábiles pilotos el recuerdo de los escollos señalados en el mapa de nuestra historia, no faltándoles jamas el arte de evitarlos! ¡Que todos los vientos, menos el *Norte asolador*, lo empujen á su vez, hácia el suspirado puerto.

Ventorumque regat pater

Solutis aliis, præter Japyga.

HORAT.

Agrupémonos todos, como un solo hombre, bajo de ese pabellon tan glorioso en 1821, y hoy hecho girones y arrastrado por el suelo; y auxiliados por la Religion, con la fortaleza que ella sola sabe engendrar, sostendremos la Independencia, y nos presentaremos al mundo tan grandes y dignos de admiracion como

lo fuimos al recibirla de la mano del grande Iturbide. Y, entonces, cuando el cielo nos haya otorgado benigno una felicidad que no podrá negarnos, si se la pedimos con un corazón puro, haciéndonos por nuestra conducta dignos de su bendición: entonces, cuando contentos y unidos, le demos gracias al Supremo Hacedor del Universo, por la adquisición de tan precioso beneficio, volvamos los ojos á la tumba del héroe que nos enseñó el camino de la verdadera libertad, y digámosle enternecidos: “Hé aquí á tus hijos, hé aquí á un pueblo unido que te debe su existencia y su gloria: él te viene á rendir sus homenajes de gratitud, y á darte el envidiable gozo de presentarse digno de la valiosa herencia que le legaste, y del rango sublime á que lo elevaran tu constancia y tu amor.” Entonces, que las primeras palabras que comiencen á balbutir nuestros hijos, sean las del nombre del ilustre General Iturbide; y que el anciano próximo al sepulcro, la virgen consagrada al servicio de Dios, el joven fogoso y voluble, y el venerable ministro del Señor, todos, al celebrar el aniversario de este gran día, y al bendecir al Eterno, y, elevar ante su trono, sus himnos de alabanza por tanta felicidad, le dirijan, también, una súplica piadosa, para que descanse el héroe en el seno de la Divinidad.

Conciudadanos, ¡viva la religion, viva la union, viva la independenciam, viva el Ejército Nacional!—DIE.





DISCURSO

pronunciado por un alumno del Instituto Literario.

AL PABELLON DE IGUALA.

Yo te saludo, hermoso pabellon de las tres garantías; recuerdo glorioso de la terminacion de una guerra encarnizada que por mas de dos lustros empapara en sangre de hermanos al país mas tranquilo y virtuoso que alumbrara el sol; lazo de concordia entre los hijos de una misma patria; emblema de las aspiraciones de los Hidalgos y Morelos, de los Iturbides y Negretes, de los Dominguez y Azcárates, de los Rayas y Tagles, Fagoagas y Galicias, del clero, del ejército, de las clases literatas, propietarias, industriales y agrícolas, del verdadero pueblo, en fin, que solo aspira á la moralidad, al órden, al engrandecimiento positivo y no fantástico de su patria.

Divisa de una Nacion grande, ilustrada y generosa, yo te saludo.

Y al saludarte y humillar mi frente á tí, enseña ilustre de la patria mia, al reflejarse en mis pupilas esos vivos colores que te forman, enagenada mi alma se trasporta á esa era dichosa, en que por vez primera cubrió tu sombra el palacio de la noble Méjico, representante entonces de la opulenta y vasta Nacion que llena de hermosura y cubierta de joyas se hiciera admirar de todas las del globo.

— 2 —

Esos tus tres colores, indicio son de las tres mas seguras y firmes garantías que ofrecerse pudieran en la feliz época, dó primeramente flameaste orgullosa en la capital del antiguo imperio mejicano.

La religion representada en el albo en que se remontara el águila de Anáhuac, apoyaba por ambos lados los que significan otros dos bienes no menos apreciados para un pueblo culto y morigerado: la Union entre los hijos de una misma patria y sus padres del antiguo mundo, espresada en el rojo, dominante en el pabellon de la colonizadora Hesperia; la Independencia en el verde, característico de las esperanzas que herbian en los corazones de los que contemplaban los multiplicados y fecundos elementos de la nueva nacion, que cual planeta de primera magnitud aparecia entre todos los pueblos religiosos civilizados é independientes.

Tales son ¡oh pabellon glorioso! las ideas que nacieron á tu vista, los sentimientos que hicieron surgir en cuantos esa vez te contemplaron. La unidad religiosa, la unidad social y la unidad política, simbolizada en la diversidad de tus colores reunidos, desde luego anunciaron á las generaciones que te observaban, esa libertad, esa fraternidad é igualdad, que teniendo por bases el catolicismo, el respeto á los antepasados y una sábia y justa legislacion, de acuerdo con arraigados y santos hábitos de moralidad, orden y sumision á la autoridad legítima, y promoviendo verdaderas y sólidas reformas, harian del país que animado se hallaba por tan luminosos principios al nacer, la nacion mas rica, la mas feliz y grande cuando se contara entre las soberanas é independientes, cuando ocupara su debido rango en el catálogo de las del universo.

¡Ah! jamas se aparten de mi corazon tan halagüeñas ilusiones: jamas la desconfianza turbe tan lisongeros recuerdos; nunca, sí, nunca la pusilanimidad, la desgracia, la adversa suerte hagan vacilar las esperanzas concebidas por la ardiente juventud del año de veintiuno, en los pechos de la que en cincuenta y nueve saluda llena de igual ardor y entusiasmo al grandioso pabellon que desde el salvador grito

— 2 —

Esos tus tres colores, indicio son de las tres mas seguras y firmes garantías que ofrecerse pudieran en la feliz época, dó primeramente flameaste orgullosa en la capital del antiguo imperio mejicano.

La religion representada en el albo en que se remontara el águila de Anáhuac, apoyaba por ambos lados los que significan otros dos bienes no menos apreciables para un pueblo culto y morigerado: la Union entre los hijos de una misma patria y sus padres del antiguo mundo, espresada en el rojo, dominante en el pabellon de la colonizadora Hesperia; la Independencia en el verde, característico de las esperanzas que herbían en los corazones de los que contemplaban los multiplicados y fecundos elementos de la nueva nacion, que cual planeta de primera magnitud aparecia entre todos los pueblos religiosos civilizados é independientes.

Tales son ¡oh pabellon glorioso! las ideas que nacieron á tu vista, los sentimientos que hicieron surgir en cuantos esa vez te contemplaron. La unidad religiosa, la unidad social y la unidad política, simbolizada en la diversidad de tus colores reunidos, desde luego anunciaron á las generaciones que te observaban, esa libertad, esa fraternidad é igualdad, que teniendo por bases el catolicismo, el respeto á los antepasados y una sábia y justa legislacion, de acuerdo con arraigados y santos hábitos de moralidad, orden y sumision á la autoridad legítima, y promoviendo verdaderas y sólidas reformas, harian del país que animado se hallaba por tan luminosos principios al nacer, la nacion mas rica, la mas feliz y grande cuando se contara entre las soberanas é independientes, cuando ocupara su debido rango en el catálogo de las del universo.

¡Ah! jamas se aparten de mi corazon tan halagüeñas ilusiones: jamas la desconfianza turbe tan lisonjeros recuerdos; nunca, sí, nunca la pusilanimidad, la desgracia, la adversa suerte hagan vacilar las esperanzas concebidas por la ardiente juventud del año de veintiuno, en los pechos de la que en cincuenta y nueve saluda llena de igual ardor y entusiasmo al grandioso pabellon que desde el salvador grito

— 3 —

de Iguala distingue á nuestra patria independiente, á nuestra patria libre, á nuestra patria, envidia de las naciones todas del orbe. Sí, envidia de todas ellas, porque en su misma bandera hallará siempre los medios de ser grande, abrazando los principios que en muda lección le enseña, ó volviendo á ellos, si los hubiere, por su mal, puesto en olvido.

Religion, Union é Independencia harán feliz su marcha; mas si de la senda que á la felicidad conduce, la estraviaren los errores, las pasiones y partidos, pondrán á Méjico en el verdadero camino de la gloria, la **RELIGION**, la **UNION**, la **INDEPENDENCIA**.

